

Un bien relativo

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía de © Carlos González Ximénez

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Teresa Cardona, 2022

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-12-5

Depósito legal: M-18.518-2022

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Teresa Cardona

Un bien relativo

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

A Kay

*Lo bueno, lo perfecto, ¿dónde está? Gracias que
Dios nos concede lo menos malo y el bien relativo.*

BENITO PÉREZ GALDÓS, *Tristana*

San Lorenzo de El Escorial, 2015

La teniente Karen Blecker miró por la ventana y vio la calle iluminada y el monte sombrío detrás. Acostumbrada a los días cortos centroeuropeos, las oscuras tardes de invierno en San Lorenzo de El Escorial no la asustaban. Hacía cuatro semanas que había llegado desde Europol, La Haya, y lo que sí la sorprendió fue el duro clima de la sierra, mucho más frío y extremo que el de la vecina Madrid. Suspiró. Al pedir el traslado no había previsto que podía acabar en ese pueblo, a una hora de la capital, bendecido con un edificio en la lista de las maravillas del mundo. Bueno, se corrigió mentalmente, no podía decir pueblo, eso ya se lo habían reprochado varias veces; era un Real Sitio. Frunció el entrecejo y calculó lo que iba a durar su exilio. Era un sitio precioso, pero todo le resultaba extraño. La gente le había parecido muy dura y seca, y daba la impresión de que todos se conocían. Miró sus correos y se quedó rumiando. Aunque apreciaba la tranquilidad, después de la cantidad de trabajo que tenía en Europol, pensó que un poco más de movimiento sería de agradecer. Echó un vistazo al reloj, se frotó las manos y se dijo que, con un poco de suerte, en dos horas estaría en Madrid. Sonó su teléfono.

—¿Teniente? —La voz del guardia Suárez sonaba excitada—. Tenemos una llamada de Peguerinos: han encontrado un cuerpo.

Karen se incorporó. Un cadáver era algo inusual; se trataría de un accidente o un problema médico.

—¿Quién ha avisado? ¿Está al teléfono todavía? —contestó la teniente.

—Tres paseantes, sí, las tengo en espera, le paso con ellas. Ya he llamado al SAMUR.

El teléfono permaneció un momento en silencio hasta que se restableció la comunicación.

—¿Hola? —dijo Karen.

—Sí, sí, estamos aquí, está muerta... —respondió una mujer con voz agitada.

—Teniente Blecker, Guardia Civil, ¿con quién hablo?

La voz, un poco entrecortada por la escasa cobertura, contestó atropellada.

—Soy Mercedes, la de la sidrería...

Karen reprimió una sonrisa. Los años en el extranjero le habían hecho olvidar la costumbre de los pueblos, casi medieval, de identificarse por el oficio.

—Muy bien, Mercedes, dígame exactamente con quién está, dónde y qué es lo que han encontrado.

La línea crujió y pensó que la comunicación se había cortado, pero no, las explicaciones llegaron seguidas como una metrallera.

—Pues mire, veníamos mi hermana, mi madre y yo paseando cuando hemos visto una tela blanca detrás de una curva. Al acercarnos, nos hemos dado cuenta de que era una monja, pero no se movía. Mi hermana Isabel ha dicho que está muerta.

Karen apuntó los datos y preguntó:

—¿Dónde están ustedes exactamente?

—En el Camino de las Embarazadas... Pasado el segundo arroyo, antes de los helechos.

—¿Calle de Peguerinos? —inquirió mientras cotejaba las informaciones de Suárez.

—¿Calle? —respondió la mujer extrañada.

Ya estaba otra vez. Las indicaciones, en ese pueblo, eran, cuanto menos, misteriosas. Las calles tenían otros nombres a los indicados en las placas esmaltadas azules, y eso le hizo pensar que todos, excepto ella, parecían entender de qué sitios se trataban. Pero se dijo que, si Suárez había mandado al SAMUR, sabría dónde se encontraba ese camino.

—No se muevan de ahí, por favor, no toquen nada, una patrulla y el SAMUR van hacia allá.

—Sí, sí, claro, aquí esperamos...

Colgó el teléfono, cogió el anorak del perchero, alegrándose de haberlo cogido por la mañana y, armada con el papel de las explicaciones, salió cerrando la puerta tras de sí. Golpeó una vez en la de al lado antes de abrirla. Un hombre muy delgado de unos treinta y cinco años con el pelo negro, la piel muy pálida y una nariz prominente que sostenía unas gafas de leer levantó la mirada del ordenador.

—Brigada Cano —exclamó—, tenemos un cadáver. Y abríguese, vamos al monte.

José Luis Cano se incorporó a toda velocidad, apagó el ordenador y agarró los guantes y las llaves que tenía sobre el escritorio. Salían por la puerta cuando el guardia Suárez apareció. Era un hombre bien parecido y fuerte, extremadamente amable. Karen se había esforzado por hablar con él cuando llegó, ya que notaba que los otros lo evitaban, hasta que se dio cuenta de que el guardia tenía la costumbre de enredar a la gente en eternas peroratas de las que uno solo se podía liberar encontrando a otra víctima. Cano levantó las cejas, pero Karen se dijo que, con tres testigos, bien podrían necesitar ayuda, así que le propuso ir con ellos. Suárez, que no disfrutaba de muchas ocasiones para salir del cuartel, estaba exultante. La teniente se sentó al lado de Cano y los puso al corriente de la conversación mientras el brigada conducía. Como cada vez

que entraba en San Lorenzo, Karen se quedó impresionada por la aparición de la inmensa mole del monasterio. Sonrió al oír a Suárez desde el asiento de atrás citando los años que llevó construirlo, así como la cantidad de ventanas y patios que albergaba. Cano sacudió la cabeza con resignación y atravesó el arco de la universidad mientras el guardia pasaba de las explicaciones del edificio monacal a los detalles del universitario.

—Vamos a la calle de Peguerinos, después de un arroyo —especificó la teniente tras consultar sus notas.

Cano y Suárez la miraron asombrados.

—Donde las embarazadas... —rectificó el guardia.

—La testigo ha dicho el Camino de las Embarazadas, efectivamente, después del segundo arroyo y antes de los helechos —replicó irritada.

—Sí, si está bien claro, mi teniente, no se preocupe —respondió Suárez—. Está a cinco minutillos.

Cano había notado su inseguridad ante la descripción y tradujo.

—Es un paseo muy largo pero muy plano, por eso se le llama de las embarazadas... Se las lleva ahí si no se ponen de parto.

—Ya, y también para embarazarlas —interrumpió Suárez divertido.

Cano hizo una mueca, pero no dijo nada.

—Tiene cuatro arroyos —continuó Suárez— y, aunque según la temporada algunos están casi secos, es la única manera de indicar la posición. Ha sido muy exacta —añadió.

—¿El SAMUR lo entenderá también? —preguntó la teniente.

—Pues si son de aquí, sí, claro —resopló Suárez lanzándole una mirada conmisericordiosa a Cano—, y si no, llamarán...

Comenzaron a subir hacia el monte por una carretera asfaltada. La teniente se esforzó en buscar los nombres de las calles, pero solo en una de las cuatro bifurcaciones que pasaron fue capaz de encontrar un cartel donde aparecía indicado. Cano

abandonó el camino asfaltado y se metió en otro de tierra lleno de boquetes que se estrechaba hasta dejar espacio para un único vehículo. A un lado quedaban unas casas con aspecto de estar cerradas, al otro, bosque. Cano se volvió hacia ella como si le hubiese leído el pensamiento.

—Estas casas solo están habitadas los fines de semana y en verano.

—Entonces tendremos pocas probabilidades de encontrar testigos —dijo Karen decepcionada.

—¿Aquí y en esta época? Nadie —corroboró Cano—. Pero vienen algunos a caminar, sobre todo con perros. Y alguno que otro a buscar setas, pero esos van más arriba, por el monte.

—¿Setas?

—Níscalos y boletus, sí —añadió Suárez—. Depende del año, pero con la sequía que hemos tenido este otoño, poca cosa. ¿Sabe? Lo que se necesita para las setas es que caiga agua en agosto, entonces, cuarenta días más tarde, salen. Según dónde caiga, salen por Santa María, Peguerinos o hacia el Valle... —En ese momento Cano frenó y le interrumpió sin miramientos.

—La verja está abierta, el SAMUR ya debe estar.

—Se cerró el camino porque era un descontrol, los chicos subían con las motos —añadió Suárez en absoluto molesto por la interrupción.

Era, como habían dicho, un paseo muy llano dentro de un bosque de pinos. A la derecha se adivinaba la negrura del monte y al otro lado, al final del valle, se veían las luces de Madrid. Los faros del coche iluminaron un banco colocado para poder disfrutar de la vista. Cruzaron el lecho de un arroyo, adentrándose cada vez más en la espesura. Detrás de una curva, una pequeña luz apareció en la oscuridad.

—¿Y eso? —preguntó Karen extrañada.

—Es un altarcito con una hornacina para la Virgen —explicó Suárez—. Los niños traen flores y antes algunos traían velas, así que era un desmadre. Imagínese, los forestales tenían

que venir por las noches a apagar las velas, pero ahora, con las lucecitas LED... Ya viene el segundo arroyo, deben estar cerca —añadió.

Tras una nueva curva el bosque se iluminaba de tonos azulados. Cano aparcó en el borde del camino y ya a pie se acercaron hacia los sanitarios, que negaron con la cabeza.

La teniente se fijó en lo que parecía un montón de tela blanco y no pudo evitar pensar en los cuadros de Zurbarán y sus monjes. Karen se volvió hacia Suárez, que ya estaba charlando con los del SAMUR.

—Suárez, pida que nos manden a la científica y le pasen aviso al juez.

El guardia se alejó y la teniente se volvió hacia el brigada. Le tendió un cuaderno que sacó del bolsillo.

—Apunte todo lo que digan los testigos, por favor. Espero que escriba rápido, quiero las palabras exactas, no su interpretación de lo que dicen. Y menos un resumen.

Cano hizo un gesto de disgusto casi imperceptible que a la teniente no le pasó inadvertido. Ella se sonrió.

—Ya verá cómo nos ayuda. Y, antes de que me lo pregunte: no, no puede grabar con el teléfono, intimida a la gente, mientras que el papel, no.

Cano hizo una mueca y la siguió hacia el grupo de los sanitarios, que esperaban junto a las tres mujeres.

—¿Han tocado algo? —preguntó Karen.

—No, Isabel ya se había dado cuenta de que estaba muerta —dijo uno de los enfermeros, señalando a una de las tres mujeres que se mantenían juntas cerca de la ambulancia, como si la luz pudiese infundirles calor—, así que solo hemos comprobado.

La teniente se acercó a ellas.

—Teniente Blecker, Guardia Civil. ¿Quién de ustedes ha llamado?

Recordó que había dicho que paseaba con su hermana y con su madre. Dos eran morenas, de rasgos parecidos y del-

gadas. La tercera, que debía ser la madre, guardaba un cierto parecido con ellas, aunque era más mayor, bajita y rellenita, y tenía el pelo blanco. Una de las jóvenes se adelantó.

—Yo, soy Mercedes.

La de la sidrería, pensó Karen. Asintió y lanzó una mirada de soslayo a Cano, que había abierto el cuaderno y apuntaba.

—Hemos hablado antes. Cuéntenos por favor lo que han visto y si han llegado a tocar algo —pidió Karen.

—Veníamos paseando como todos los días —empezó a relatar la mujer—. Hoy íbamos tarde, porque Isabel ha llegado con retraso, y al pasar la curva hemos visto el hábito.

—¿Cómo estaba? ¿La han movido? —inquirió la teniente.

Negaron con la cabeza.

—Está donde nos la hemos encontrado —contestó la llamada Isabel—, pero la he tenido que agarrar el hombro para tocarla el cuello. No se la veía la cara y solo la he apartado un poco la toca para medirla el pulso. Es ahí donde me he manchado con la sangre.

—¿La sangre? —repitió la teniente.

—Sí, sobre la sien, en la toca. No se ve porque es negra, pero mire cómo se me han puesto los dedos... —respondió Isabel extendiendo la mano.

Karen lanzó una mirada de desaliento a Cano y pensó que no habría manera de saber exactamente cómo había quedado el cuerpo. Dirigió la vista al cadáver: no se le veía la cara, cubierta por el hábito. Se volvió hacia las tres mujeres arrebujadas en sus abrigos.

—¿Alguna de ustedes la conocía?

La más bajita, que hasta el momento no había dicho nada, respondió segura.

—No, no la conocemos, pero debe ser una de las hermanas que mandan nuevas al convento.

—¿Qué convento? —Karen intentó recordar si Cano le había dicho algo de un convento en San Lorenzo. Le miró interrogante y este asintió—. ¿Una monja nueva?

—Sí, las madres carmelitas —explicó la mujer—, son de clausura, pero como ya no hay vocaciones y les sobra espacio tienen una especie de residencia para monjas de otros sitios. Lo digo por el hábito, no es de carmelita.

—¿Se cruzaron con alguien en el camino mientras paseaban? Las tres se miraron. La bajita contestó.

—Pues no...

—Estaba el del chihuahua, ¿no? —dijo la de la sidrería.

—No, quita, que eso fue ayer... —corrigió Isabel.

Quedaron en silencio y Karen comprendió que por ahora eran los únicos testigos con que contaban. La radio del SAMUR empezó a sonar.

—Si no nos necesitan ya, nos vamos.

Karen asintió y se despidió. Mientras la ambulancia maniobraba aparecieron los de la científica y comenzaron por acondicionar la zona e instalar luces para iluminar el pinar.

De uno de los coches surgió un hombre rubio que debía medir casi dos metros. Karen era alta, pero incluso ella parecía una muñequita a su lado. Se acercó y le tendió la mano.

—Buenas tardes, soy el doctor Sebastián Benavides.

—Teniente Karen Blecker, brigada Cano y el guardia Suárez —explicó señalando al guardia, que había acudido presuroso a presentarse. Señaló el hábito y dijo—: Una monja, todavía no sabemos si accidente u homicidio.

—Una religiosa... —dijo el hombre.

Karen no pudo evitar darse cuenta de la corrección, aunque el forense no parecía haberlo dicho con ánimo de criticar.

—Sí, pero no es carmelita —especificó Karen.

—No, desde luego que no. —La teniente lo miró asombrada y el forense continuó—. Las carmelitas van de marrón en recuerdo al color de la cruz. Esta hermana viste hábito blanco con toca negra. Podría ser dominica.

—Está usted muy puesto en hábitos, doctor.

—O usted muy poco, teniente —respondió con una sonrisa—. Bueno, vamos a echarle un vistazo.

Benavides se acercó y levantó delicadamente la toca negra para descubrir un rostro apacible, sin grandes huellas del paso de los años. Karen no supo ponerle edad.

El médico empezó a dictar en su móvil mientras sus ayudantes sacaban fotos.

—Cadáver femenino, unos 65 años...

—¿Qué? —interrumpió Karen asombrada.

El médico paró la grabación, levantó la vista y sonrió.

—Está pensando en lo que hace una vida sin vicios, ¿verdad? Yo no creo que sea solo eso, es llevar una vida en paz, sabiendo que se hace lo correcto. Saber de dónde se viene y a dónde se va.

—Pues espero —dijo Cano con una sorna que hizo volverse a la teniente, extrañada— que, si esto es lo que parece, no supiese a dónde se dirigía cuando vino a pasear.

Benavides no respondió y se volvió hacia el cadáver. Suárez se acercó a ellos.

—Tengo los datos de las tres. ¿Qué le parece si las bajamos al pueblo? Está empezando a hacer frío y no se van a volver andando.

Las testigos se habían colocado tras el guardia como si buscaran su protección.

—Sí, claro —dijo Karen frotándose las manos—. Llévelas a sus casas y pídale que se pasen mañana por el cuartel para que les tomemos la declaración completa. Suárez, ¿les ha preguntado si habían visto algún coche que llamase su atención?

El guardia asintió, encantado de poder responder de manera positiva.

—Sí. Dicen que no había ninguno aparcado al principio del paseo, pero que cuando subían por la calle han visto bajar algunos. Hay un restaurante aquí arriba y probablemente eran clientes que salían de la sobremesa.

—Intente enterarse de si se acuerdan de algún detalle, marca o color.

Suárez asintió y se volvió hacia ellas.

—Mire al salir si por casualidad alguna de las casas tiene un dispositivo de vigilancia —pidió Karen.

—Claro —contestó el guardia—. Las dejo y subo a por ustedes, mi teniente.

—Se pueden bajar con nosotros, si quieren —interrumpió el médico.

La teniente asintió. El forense abrió su maletín y Karen evitó colocarse a su lado para ver lo que hacía. Pensó que no servía de nada distraerle con preguntas evidentes que el forense ya conocía de antemano. Cuanta menos lata le diese, antes acabaría y más detalles podría contarle. Dio unos pasos por el camino que seguía internándose en el bosque. Oyó unos ladridos a lo lejos y el crujir de unas ramas, todo mezclado con los ruidos metálicos de los trípodes que instalaba la científica. Hacía frío, se subió el cuello del anorak y se alegró de llevar los guantes. Cuando se acercó a ellos, el juez ya había llegado y había una camilla con un saco al lado del cuerpo. El médico seguía acuclillado, pero al oír sus pasos colocó con delicadeza la toca sobre el rostro de la muerta y se levantó.

—A primera vista y sin confirmar.

—Sí, claro —respondió Karen, contenta de encontrarse con un forense dispuesto a hacer una primera aproximación.

—Unos 65 años, fíjese en las manos, complexión fuerte, de aspecto sano. La muerte tuvo lugar aproximadamente hace unas dos, máximo tres horas —miró el reloj—, esto es: hacia las cuatro o las cinco de la tarde. Causa de la muerte, a primera vista: contusión craneal. Debió caer contra esa roca de granito del camino y golpearse en la sien. Cómo cayó es cosa suya. Superficialmente no se aprecia ningún daño aparte de la mencionada contusión. No creo que hayan desplazado el cuerpo. Y no lleva encima ninguna documentación.

Karen miró el suelo: arena prensada y pinaza. Las pisadas eran imposibles de reconocer. Se preguntó si lo que la hizo caer había sido un accidente, o a lo mejor un infarto. Había unas raíces en el suelo que sobresalían en el camino como las

venas en las manos de las personas mayores, podría haberse tropezado con ellas y caído sobre la piedra. Era un peñasco de media altura rematado con una cresta que hizo a Karen pensar en los sílex prehistóricos. También la podían haber empujado, claro, se dijo. Pero se preguntó: ¿quién querría matar a una monja? Miró el cuerpo; el hábito blanco parecía emitir una luz propia que contrastaba con el negro saco. El juez había terminado ya, cerró su maletín, se despidió y, con dificultades, maniobró hasta girar el coche en el camino. Benavides se volvió hacia ellos.

—¿Nos vamos? Mañana les podré contar más.

—Encantada —respondió la teniente—, si no le resulta molestia. Cano, nos vamos.

—Claro que no, ¿dónde les dejo? —preguntó el médico.

—En la plaza de San Lorenzo, si le viene bien.

El médico activó un botón del mando a distancia y la puerta eléctrica del monovolumen se deslizó sin hacer ruido. Se dirigió al brigada y sonrió.

—Mire a ver si puede encastrarse entre las dos sillitas de detrás, me queda un sitio ergonómicamente correcto.

Cano consiguió encajar su largo cuerpo entre los dos tronos vacíos y apretó el botón de cerrar la puerta. Karen se sentó delante. El médico dio la vuelta con bastante más facilidad que el juez con su todoterreno y lanzó una carcajada.

—Ya sé lo que están pensando —dijo—, pero es práctico. Bueno, para el brigada puede que no tanto... —Rio—. No se preocupe, que le ayudaré a salir.

La voz de Cano irrumpió desde las profundidades.

—¿Está pluriempleado en una guardería?

El médico lanzó una carcajada.

—Pues casi se podría decir que sí... Tengo seis hijos.

—¡Seis! —exclamaron a la vez los dos guardias.

—¿Por qué les asombra tanto? —respondió Benavides divertido.

Karen se corrigió rápidamente.

—No, asombrarme no, pero llevo bastante fuera y la verdad es que hace tiempo que no veo familias numerosas.

—Sí —dijo Benavides—, he oído que viene usted del extranjero, ¿no?

—Estuve unos años en Alemania y después en Europol.

—¿Bruselas? —preguntó el médico interesado.

—No, La Haya.

Karen intuyó la siguiente frase, que oía una y otra vez: «Vaya, qué pena, ¿no? Bruselas debe ser mucho más fácil para vivir. Y qué frío...». A veces, con la coletilla: «pero qué reina más simpática, claro, como es argentina...». Pero esta vez no fue así.

—Los holandeses son un pueblo admirable, tienen unas convicciones muy firmes.

Una sorpresa más. La visión generalizada de Holanda basculaba entre la porcelana de Delft, los escaparates de las prostitutas de Ámsterdam, la posibilidad de comprar marihuana en los *coffee-shops*, la reina Máxima, el uniforme naranja de las selecciones deportivas, el frío y la mala comida. Bueno, en esos dos últimos puntos no les faltaba razón.

—Sí —admitió Karen—, los holandeses son una mezcla asombrosa.

—Perdone la indiscreción, pero ¿es usted holandesa? Lo digo por el nombre...

—No, solo medio alemana. Fue el saber alemán lo que me llevó a Europol.

Entraban ya en el pueblo y las luces entre los árboles eran mucho más abundantes. El forense guió el vehículo por las calles empedradas y se detuvo ante el ayuntamiento. Activó un botón para abrir la puerta trasera, Cano consiguió salir y Karen se bajó.

—¿Hablamos mañana por la tarde? —propuso Benavides—. Ahora ya no vuelvo al despacho.

Asintieron.

—Que descansen.

Karen levantó la mano para despedirse mientras el vehículo familiar desaparecía calle abajo. Cano gruñó.

—Me he quedado escorado...

Karen rio.

—Claro, como usted iba sentada en primera... —protestó el hombre frotándose las lumbares.

—Nada que no arregle una caña —propuso la teniente—, ¿o tiene usted plan?

Cano negó con la cabeza.

—No sé si una caña lo arreglará, mi teniente, he oído mis huesos crujir... —Escrutó la plaza y señaló una esquina—. ¿La Taberna del Corcho le parece?

La plaza estaba desierta, la bruma envolvía la iluminación eléctrica de las calles haciéndolas parecer farolas de gas y el relente había dejado unas gotas sobre el enrejado de hierro que delimitaba su perímetro. Desde donde los había dejado Benavides se veían las cúpulas del monasterio iluminadas y Karen tuvo la impresión de estar en un decorado teatral. Sus botas resonaban sobre las losas de granito hasta que una campana cercana empezó a dar los cuartos para acallar cualquier otro sonido con las horas enteras. No había acabado de repicar cuando Cano abrió la puerta del establecimiento, aislado del exterior por una cortina de fieltro. Apartó la tela y una bofetada de calor les dio de lleno en la cara. El zumbido de las conversaciones, las carcajadas, el chocar de vajilla y el trasiego de sillas cortó de golpe el tañido. Karen tuvo la sensación de entrar en otro mundo y le pareció que los oídos se le taponaban hasta que Cano levantó la voz a la vez que señalaba dos sitios al final de la barra. Un camarero de rostro alargado y ojos claros se volvió hacia ellos con una sonrisa de bienvenida. El brigada señaló el grifo y levantó dos dedos. No se habían sentado todavía en los taburetes cuando los dos vasos aparecieron frente a ellos con un golpe que hizo desbordarse la espuma blanca hasta dejar un cerco sobre la madera barnizada. Cano empujó uno de ellos hacia Karen y cogió el suyo.